

¿Quién publica libros de poesía?

Reinaldo García Ramos

DURANTE LAS ÚLTIMAS CUATRO DÉCADAS, MIAMI HA IDO GENERANDO EN LA imaginación de mucha gente una notable cantidad de prejuicios. A veces esos prejuicios son inofensivos, en exceso alabatorios: ciudad de eterno sol, playas impolutas, juventud sana y divertida, restaurantes exóticos, lugar idóneo para jubilados, etc. Pero la gran mayoría de esas ideas preconcebidas son furiosamente despectivas: ciudad de obsesiones políticas y miopía social; calles plagadas de tensión interracial; delincuencia creciente, derivada a menudo del narcotráfico; sitio de turismo sin conciencia, donde prospera un hedonismo embrutecedor; ciudad de personas incultas. Sobre todo esto último: la vida cultural de la ciudad es el aspecto que en esos grotescos esquemas figura con menos esplendor.

La realidad es, por supuesto, muy distinta: como toda urbe en plena expansión económica y física (y en pleno proceso de enriquecimiento social y cultural), Miami se enfrenta hoy a desajustes, insuficiencias y conflictos; pero no coincide para nada con esos grotescos esquemas. Aunque la ciudad está lejos de ser un paraíso apacible, sus problemas no son ni más apremiantes ni más insolubles que los que puedan tener, por ejemplo, El Paso, San Diego o Nueva Orleans, para sólo mencionar tres centros urbanos del sur de los Estados Unidos en que hay concentraciones importantes de población minoritaria. ¡Qué sorpresa se llevan a menudo muchos detractores de Miami, cuando pasan por aquí y descubren de pronto que en este lugar no sólo hay, digamos, librerías y galerías de arte que prosperan, sino además museos (algunos de ellos excepcionales, como el Wolfsonian); que todos los años celebramos una feria internacional del libro, así como varios festivales de cine, de música, de ballet, y que múltiples instituciones prestigiosas como la Concert Association of Florida, la Florida Grand Opera y la New World Symphony tienen aquí su sede y atraen desde hace años a numerosos talentos y personalidades mundiales de la música, la danza y la ópera! ¡Y qué otra gran sorpresa se van a llevar esos señores si leen este artículo y se enteran por último de que, entre 1993 y 2003, en Miami se han fundado cinco editoriales para publicar literatura de escritores de esta comunidad y del ámbito hispano en general, y que esas editoriales se han interesado sobre todo en libros de poesía!

Los cubanos que están a cargo de esas cinco aventuras son: el poeta y narrador Carlos A. Díaz Barrios (Ediciones La Torre de Papel, fundadas en 1993); el pintor Ramón Alejandro (Colecciones Baralanube y Mañunga, 1996 y 1997); el poeta y crítico Germán Guerra (Colección Strumento, 1998); el investigador y crítico Carlos Espinosa Domínguez (Colección Los Libros de las Cuatro Estaciones, 2002), y el poeta Ignacio T. Granados Herrera (Ediciones Itinerantes Paradiso, EDITPAR, 2003).

Lo más impresionante de este fenómeno que ha crecido sin intenciones es su enfoque hacia la producción de libros de poesía fundamentalmente. La decisión de llevar a la práctica un proyecto editorial con reducidos recursos, y el despliegue de energías necesarias para mantener ese proyecto a flote, son actos que en cualquier parte requieren por sí solos una gran osadía; pero fijar la atención primordialmente en la poesía, a sabiendas de que los libros de ese género tienen escasa salida comercial, equivale casi a un suicidio en términos financieros. Pero estos cinco editores han persistido, imbuidos de una genuina pasión que todos debemos agradecer.

Desde los primeros años del éxodo cubano, tanto en Miami como en Nueva York y otras ciudades, muchos poetas han estado publicando, como sabemos, prestigiosas revistas que han servido de canales de difusión para sus obras (la revista *Exilio*, por ejemplo, publicada en Nueva York entre 1965 y 1973). Y editando nuestras obras casi siempre con fondos del propio bolsillo (recordemos a Eugenio Florit), en editoriales de otras ciudades y países. En cuanto a Miami en particular, durante los largos años del exilio han surgido intentos esporádicos de crear vías para fomentar las obras de los escritores cubanos, pero esos proyectos y esfuerzos también han tenido, desafortunadamente, una existencia breve y accidentada. La empresa editorial más exitosa y veterana de esta ciudad, Ediciones Universal, dirigida por Juan Manuel Salvat, tiene en su haber una lista muy extensa de obras en español de autores de talento, tanto cubanos como de otros países, pero no presta la debida atención a la poesía; se concentra en otro tipo de libros, sobre todo en prosa narrativa, ensayo, historia, memorias; es decir, en obras de interés más general que resultan prometedoras desde el punto de vista comercial.

Las revistas literarias como *Exilio* y los autores tenaces como Florit son antecedentes insoslayables para comprender el desarrollo de lo que ha sido hasta hoy la poesía cubana del exilio. Pero la fundación de La Torre de Papel en 1993 inaugura en Miami un fenómeno totalmente nuevo. Comienza a prosperar en esta ciudad la idea de que aquí se pueden crear y mantener pequeñas editoriales, para publicar exclusivamente obras literarias, en particular libros de poesía, y propiciar así un entorno favorable a la creación y la expresión a largo plazo.

Díaz Barrios recuerda hoy con cierto alivio el carácter arriesgado que tuvo la empresa en sus inicios: «Fue tal vez como un desafío, porque siempre habían dicho que la poesía no se vendía, que era una locura; algunas personas vinieron a darme el pésame. Pero el tiempo me dio la razón; no era una locura; el otro día conté los libros y La Torre de Papel tiene ya 56

libros publicados»¹. De esas 56 obras, el 70 por ciento son títulos de poesía. Al cabo de estos diez años, entre los numerosos autores de poesía publicados por La Torre de Papel en sus diversas colecciones, cabe destacar a Luisa Pérez de Zambrana, Lorenzo García Vega, Magali Alabau, Benigno Dou, Lourdes Gil, Rogelio Fabio Hurtado, Iraida Iturralde, Alejandro Lorenzo, Juana Rosa Pita, Enrico Mario Santí, José Triana, Teresa María Rojas y Fernando Villaverde; además de varias obras del propio editor.

«La historia de La Torre de Papel comenzó con el poeta cubano Amando Fernández (1949-1994), que era muy exigente con las ediciones de sus libros y había quedado insatisfecho con las experiencias que había tenido en las imprentas de Miami», cuenta Díaz Barrios. «Me pidió que lo ayudara a publicar su más reciente manuscrito. Él fue quien tuvo la idea de darle a la nueva colección el título de La Torre de Papel, porque un poeta siempre está apoyado en una torre de papel, como un vigía». El primer libro sería su poemario *Museo natural*. «El resultado le gustó tanto que siguió publicando conmigo. Y sacó cuatro libros en La Torre de Papel: *Museo natural*, *Lingua franca*, *El minotauro* y *Ciudad, isla invisible*. No llegó a ver este último poemario, que salió después de su muerte».

Los libros de La Torre de Papel establecieron un perfil editorial que expresaba muy bien sus propósitos: libros pequeños, en papel de hilo de colores muy suaves, con grabados o dibujos a línea en sus cubiertas y tiradas modestas. Libros discretos, pero elegantes y atractivos. Díaz Barrios asegura: «El editor de poesía debe llamar la atención del lector, pero no con los medios en que usualmente se hace en otros géneros. El concepto clásico de lo que debe ser un libro de poesía siempre va a perdurar».

Las dos colecciones de Ramón Alejandro surgen ya, desde su propia concepción, con el obvio prestigio que les confieren los dibujos sensuales y evocadores del pintor. La calidad de la impresión y el acabado de los libros de Baralanube y Mañunga estaba garantizada por la pericia de su editor: el francés Pierre Laurendeau, amigo de Alejandro. Laurendeau buscaba seguir realizando proyectos similares a los que ambos habían llevado a cabo años atrás en Francia y pidió ayuda a Ramón Alejandro, quien reaccionó al principio con escepticismo. Pero Laurendeau logró convencerlo, sobre todo porque Ramón Alejandro vio en la propuesta una ocasión para volver a dibujar.

Así surgió la Colección Baralanube, cuyo primer volumen fue el poemario *Trenos* (1996), del cubano Álvarez Bravo. «Quería —cuenta Ramón Alejandro— engarzar con otras obras la aparición de *Las comidas profundas*, de Antonio José Ponte; crear una colección y no sólo sacar un libro aislado». Así, Baralanube ha publicado hasta ahora siete títulos, ilustrados con dibujos de Alejandro. Cinco de ellos son de poesía, e incluyen obras de

¹ Las citas entrecomilladas proceden de entrevistas realizadas por Reinaldo García Ramos a los editores.

Esteban Luis Cárdenas, Néstor Díaz de Villegas y Félix Lizárraga. Un año después, el pintor creó otra colección más pequeña, Mañunga, también ilustrada por él, que hasta el presente ha sacado dos títulos, entre ellos el poemario *Anarquía en Disneylandia*, de Díaz de Villegas.

Germán Guerra introduce en ese auge de ediciones muy cuidadas otro elemento nuevo: el libro artesanal, objeto único cosido a mano, elaborado en casa con esmero y excelentes ingredientes, como en el pequeño taller de una familia renacentista. Los libros de Strumento son eso: verdaderas joyitas tipográficas y artísticas que el editor va entregando a sus lectores como los frutos radiantes de un huerto secreto. Según Guerra, «editar libros, más que una idea, es un ritmo de mi respiración, una necesidad que siempre ha hecho pareja con la necesidad de la escritura, desde mi primer verso. Tengo momentos, ahora, en que no logro distinguir al escritor que edita libros de poesía del editor que escribe versos». Cada título lleva un formato distinto, e ilustraciones de un artista diferente.

Guerra tomó lecciones de Bibliotecología y trabajó en talleres de encuadernación y restauración de libros en la Biblioteca Nacional «José Martí» y en el Archivo Nacional de La Habana. El primer libro de la Colección Strumento fue un poemario del propio Germán: *Dos poemas*. «En aquel 98 no tenía un plan editorial y nunca imaginé que la colección cobraría el cuerpo y los títulos que hoy nos muestra», afirma: cinco volúmenes, «a razón de uno por año», de Pedro Jesús Campos, Félix Lizárraga, José Kozler y Juan Jennis.

La Colección Los Libros de las Cuatro Estaciones se inauguró en 2002. Carlos Espinosa Domínguez, su director, aclara que esa colección «está encaminada a recuperar una serie de autores y obras que, por no resultar comerciales, no se encuentran al alcance de los lectores y que, en cambio, tienen méritos más que suficientes para que se sigan leyendo». Subraya también que, desde luego, su colección abarcará todos los géneros. Pero es significativo que se haya inaugurado precisamente con un libro de poesía: *Juego de damas*, de Belkis Cuza Malé, «un poemario que había sido publicado en Cuba» —aclara Espinosa— «y que fue de inmediato destruido». Hasta ahora no se ha publicado otro poemario en esta colección, que ya ha sacado cuatro títulos. El nombre de la colección, según nos dice su director, está relacionado con su intención de publicar cuatro libros por año: «Venía bien, porque sabíamos que el presupuesto limitado no nos iba a permitir sacar más de cuatro títulos al año. Y a veces, ni siquiera cuatro».

El propósito de Ignacio T. Granados en EDITPAR se acerca mucho al intento de Germán Guerra, pero está determinado por otros factores, en particular por su escasez de recursos. Los libros de EDITPAR son tal vez los más elementales en su aspecto (folletos presillados, muy poco extensos), pero destaca en ellos la notable calidad de los textos impresos y aspectos gráficos elogiados. Ignacio se ha valido de estratagemas casi heroicas para sacarle el máximo partido a los medios físicos que tiene a su alcance: diversos recursos de la ilustración digital y un buen instinto para la diagramación, de modo que consigue dar a sus libros un aspecto refrescante y atractivo.

Los orígenes de su proyecto editorial se remontan a los años que pasó en un seminario de Puerto Rico, como postulante para hacerse fraile dominico de la Orden de los Predicadores. Uno de los religiosos le cedió la idea de crear Ediciones Paradiso. Granados se radica en Miami en 1997 y funda en 2003 las Ediciones Itinerantes Paradiso, que él prefiere llamar EDITPAR en abreviatura, añadiendo así «el concepto dominico de la itinerancia». Y explica: «Los libros que publico no cesan de ir de un lado para otro, y los divulgo comúnmente en galerías de artes plásticas y en festivales callejeros; asumo mi esfuerzo editorial como una *performance*». El primer libro de EDITPAR, que ha publicado hasta ahora trece títulos, cinco de los cuales son de poesía, fue, inevitablemente, un libro de poemas suyos, *From Overtown*, «en que trato de expresarme en poesía bilingüe, como negro cubano que llega a Overtown, y en ese entorno descubre su propia herencia cultural».

La financiación de estas cinco editoriales y la distribución de sus libros son dos aspectos que preocupan en distinta medida a sus directores, pero que en todos los casos determinan las perspectivas inmediatas y a largo plazo de cada una de ellas. En cuanto a la financiación de La Torre de Papel, Díaz Barrios nos dice: «A veces el autor paga una parte de los costos y yo pago el resto, nos dividimos los costos a la mitad; a veces he publicado el libro sin costo alguno para el autor. También ha ocurrido que un grupo de amigos se han reunido y han recolectado fondos para pagarle la publicación a un autor que admiraban pero que no tenía dinero». Por su parte, Ramón Alejandro aclara que en su caso —salvo cuando publicó cierto libro en prosa muy extenso— los autores nunca han pagado nada, pues los títulos de sus dos colecciones «se imprimían y encuadernaban en Angers, en Francia, y esa parte del trabajo estaba a cargo de Laurendeau y de sus propios contactos allá. Laurendeau no me cobraba nada por su propio trabajo; lo hacía por amor al arte. Yo financiaba el resto de los gastos con el dinero que iba obteniendo al vender mis obras de pintor». Tanto en el caso de Strumento como en el de Las Cuatro Estaciones, los editores corren también con todos los gastos. Lo mismo ocurre en EDITPAR, con la salvedad de que Granados no imprime toda la edición de sus libros de una sola vez, sino que los va imprimiendo a medida que le surgen compradores, como él mismo aclara: «Las ediciones se preparan para 100 ejemplares, en principio, con posibilidades de reimpresión, pero yo los imprimo en tandas de 10 ejemplares. De manera que controlo las existencias para evitar que el esfuerzo me produzca pérdidas».

Guerra y Granados producen sus libros de manera semiartesanal; la encuadernación se realiza en la vivienda de los propios editores. Guerra describe ese ritual de manera espléndida: «Aparte de decidir qué publicar y de zancajear a los cuatro vientos del pueblo un ilustrador diferente para cada título, también edito los textos, diseño las páginas y el formato de los libros, y al final, terminados de imprimir, nos sentamos todos —mi esposa, mi hija y yo— a la mesa, hilo, tijeras y agujas en manos, a encuadernar hasta que nos gana el sueño de la madrugada. Una suerte de ceremonia unipersonal con el silencio de dos mujeres en el fondo». A diferencia de los

otros cuatro editores, Granados no utiliza imprentas, sino que imprime sus libros con equipos digitales e impresoras caseras. Por su parte, los libros de Las Cuatro Estaciones llevan este proceso de calidad gráfica a otro nivel, pues utilizan los servicios de un profesional del diseño, Umberto Peña, y salen por Término Editorial, una empresa que está bien establecida (con sede en Cincinnati, Ohio), bajo la dirección del escritor cubano Roberto Madrigal. Como los demás títulos de Término, los libros de Las Cuatro Estaciones se imprimen en un taller ubicado en Denver, Colorado; en Miami se editan, se revisan y se corrigen.

En cuanto a las tiradas, fluctúan entre límites más o menos modestos, desde luego, porque así los problemas de distribución disminuyen en cierto modo. La Torre de Papel imprime 300 ejemplares de cada título; Baralanube, 500; Strumento, entre 50 y 250; Las Cuatro Estaciones, 300, y el caso de EDITPAR quedó detallado más arriba. En todos los casos, cada autor recibe una cantidad determinada de ejemplares que distribuye por su cuenta, y el editor se encarga de distribuir el resto de la edición. En este sentido, La Torre de Papel tiene una relativa ventaja, al menos en términos prácticos, pues Díaz Barrios es también el propietario de una librería (Agartha Secret City, en Coral Gables) y ha abierto www.latorredepapel.net para distribuir sus libros.

Casi todos los editores destacaron la ausencia de una crítica sistemática que proporcione a los libros una caja de resonancia; la carencia en el ámbito de Miami o del exilio en general de talentos literarios que ejerzan la crítica con asiduidad, no sólo como actividad enjuiciadora, sino también como experimento creativo, realizado con fervor y lucidez. «En nuestra literatura no existe reacción crítica, ni crítica sistemática que estudie y diseccione las obras que vienen apareciendo», nos dice Guerra con pesar.

Sin embargo, el consenso general es optimista. Espinosa nos dice que su labor y la de otros editores «ha incrementado el interés del público por conocer y leer autores cubanos en general y del exilio en particular. Esta labor toma muchos años, hay que realizarla sin esperanzas de éxito inmediato. Es como una semillita que uno va dejando, que uno siembra y luego cuida; a lo mejor uno nunca llega a ver el árbol crecido; en el mejor de los casos, con suerte, sólo se llegan a ver las hojitas, los retoñitos, y eso es ya suficiente».

Salvo en el caso de Ramón Alejandro, que por el momento ha suspendido sus colecciones debido a dificultades económicas, los otros cuatro editores tienen libros en perspectiva. La colección Las Cuatro Estaciones aspira a publicar un poemario del difunto Jorge Oliva, *Guantánamo Bay, el tiempo roto*, en cuanto se resuelvan ciertas cuestiones de derechos de autor. Díaz Barrios anuncia un tomo de cuentos de Julián del Casal, *Historias amargas*. Granados quiere publicar el poemario *Memoria por el campo socialista*, de Oscar Kessel, un poeta negro cubano, residente en la Isla. Strumento anuncia para muy pronto un libro del destacado poeta cubano Emilio de Armas, *Sobre la brevedad de la ceniza*. Estos editores no se han dejado amilanar por los obstáculos ni las reacciones precarias que los libros publicados hasta ahora puedan haber recibido. Granados lo dice con toda

claridad: «Incluso cuando indirectamente han llegado a mí críticas negativas, expresadas con cierta altanería, me he sentido confirmado en el propósito de estas ediciones; ha sido como un estímulo para perseverar. Es como para que el próximo libro sea un certificado de gratitud por ese menosprecio». Por su parte, Ramón Alejandro también se siente optimista: «Se puede afirmar que sí hay lectores de poesía en Miami, pero hay que estimularlos. La poesía nunca ha sido un género mayoritario. La reacción que estos libros han despertado no habría sido mucho mejor en otras ciudades de América Latina o incluso de España».

Es imprescindible destacar la continuidad, la persistencia: una coincidencia de fe compartida entre estos cinco editores, y de propósito firme que cada uno de ellos ha expresado. «Hay una maldición arquetípica según la cual la poesía es la cenicienta de la literatura —nos dice Díaz Barrios—; pero si lo es, se trata entonces de una cenicienta muy recordable: un poema, o incluso unos versos, se recuerdan a través de la historia; la poesía posibilita el acto más prolongado de la memoria. Eso salva a la poesía: estoy seguro de que el último ser humano que quede en la Tierra se va a acordar al menos de un verso. Ese es el misterio: algo que no se vende tanto, pero que es recordable a veces por toda la humanidad».

Y Granados dictamina: «Uno no puede enfrentar estas cosas en términos capitalistas netos, como oferta y demanda; pero si el proyecto editorial se enfrenta, dentro del capitalismo, como la posibilidad de pelear por un público lector, o de incluso formar un público lector, entonces se abren otras puertas, y cualquier editor estaría encantado de Miami, porque ésta es una ciudad inexplorada».